





EL VÉRTIGO DE LA ETERNIDAD



Florentino Gómez Martín

EL VÉRTIGO DE
ETERNIDAD



Primera edición: febrero de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Florentino Gómez Martín

azulynieve@hotmail.com

ISBN: 978-84-16824-96-0

ISBN digital: 978-84-16824-97-7

Depósito legal: M-33756-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi mujer María Paz, A mis hijas Miriam y Elena.
A todos los que en la vida lo han pasado mal
alguna vez, o casi siempre.
A los que se han sentido atrapados entre
el tiempo y la eternidad.
Entre el vértigo de lo ignoto e inaudito.
A los que sienten deseos infinitos de mundos infinitos.
A los que vieron el túnel y la luz pero no entraron en él.
A todos los que sienten ansias eternas de lo eterno.*



PARA EMPEZAR



Mi querido lector, gracias por abrir mi libro y perderte entre el laberinto de sus páginas. Es para mí toda una satisfacción. Espero no defraudarte.

Pero... debo prevenirte de algo:

—La lectura de este libro va a tener efectos secundarios.

—El recorrido por sus páginas suele producir cierta ansiedad que se desvanece a medida que vas llegando al final.

—Pero... será beneficiosa su lectura para olvidarse de los avatares cotidianos que nos tienen traumatizados, por lo intrincada que a veces resulta la vida.

—La lectura continuada de este libro produce en el ávido lector deseos extraños de mundos azules, imposibles de pintar con los colores del arcoíris.

—Suele hacer creer al lector que existen colores fuera de ese arco imposibles de imaginar.

—Otro efecto para el lector asiduo es que tiene la sensación real y la realidad sensacional del «vértigo de la eternidad», que fácilmente se puede adivinar con asomarse al pozo de los recuerdos y contemplar en sus aguas límpidas el cielo azul con nubes blancas bailando al ritmo del universo en expansión.

—El lector tendrá la oportunidad de dejarse caer en una sublime puesta de sol, de una sinfonía de colores al atardecer de un día cualquiera, en un cielo rasgado de nubes.

—Aprenderá a caer cayendo, sin dejar de caer, buscando sin poder encontrar un lugar donde pisar, porque sencillamente no lo hay ni lo habrá.

—Aprenderá también a subir y navegar sobre una nube, de algodón blanco y muñado, en las alas de la ilusión y la fantasía como Heidi en las montañas nevadas de los Alpes suizos.

1

VOY A SOÑAR CONTIGO



En los atardeceres estivales, cuando era niño, me sorprendía a mí mismo soñando despierto, recostado, en medio del prado, invisible a simple vista por la altura de la hierba y las sangrantes amapolas, que plácidamente me rodeaban... meciéndose al ritmo del viento suave.

Jugando con una brizna de hierba entre los dientes, la imaginación se disparaba a velocidad de la luz en busca de lejanísimos paraísos, más allá de esas estrellas, que aún no se han encendido, porque el implacable sol de esta tarde de agosto aún las mantiene apagadas. Ocultas a la espera del manto oscuro de la noche.

Cara al cielo azul intenso de la tarde calurosa, contemplaba cómo aparecían nubes, muy blancas, solitarias pasando a cámara lenta, ante mis ojos de niño...

Aparecían tímidas por el orto y desaparecían por el cenit, en un sublime silencio, con el fondo de millones de abejas libando en las flores de la floresta cercana, nimbada del blancor de las fragantes celindas.

Por el imaginario horizonte al otro lado, soñaba y soñaba con recónditos lugares, llenos de dulces nostalgias y de colores infinitos.

¿Dónde estará el límite de ese inmenso e intenso azul; de ese cielo en este atardecer?

¿Dónde acabará esta infinita belleza que empieza en esta orilla? Si tiene límite me gustaría saber hasta dónde alcanza. ¿Dónde comienza el siguiente cielo azul más azul que este, nimbado de infinita belleza?

¿Dónde comienza la puesta de sol de infinita beldad de la otra orilla al apagarse la de esta? A lo mejor hay infinitos atardeceres con infinitas puestas de sol... ¡Y yo sin enterarme!

Me imaginaba con frecuencia que volaba por ese mar de infinitos misterios, eternos, invisibles, imperceptibles, a la velocidad de un rayo de luz de una tormenta formidable.

Sabiendo de antemano que ese comienzo nunca tendría fin; que esa carrera vertiginosa nunca tendría una meta, porque sencillamente no existe.

¿Quién ha dicho con conocimiento de causa que el universo que contemplo tiene límite? Yo en mi infinita ignorancia, con mi finita inteligencia, con mi limitada capacidad de comprender, en mi osadía, no calculada, afirmo que no tiene final. Y si lo tiene poco me importa.

Los entendidos, los estudiosos, los inteligentes, los científicos, los astrónomos y los que observan el universo hablan, pero yo no los entiendo.

Describen una y mil veces:

Existen otros sistemas. Hablan de expansión, de agujeros negros, de una cuarta dimensión de la teoría de la relatividad, de la velocidad de la luz, de causares, de galaxias lejanísimas...

Para medir lo que es imposible medir, lo inconmensurable, acuden a fórmulas como distancias años luz...

Me proclamo sublime y solemnemente un ignorante caminando a la velocidad de la luz, un fin de semana, de estrella en estrella, de nebulosas en nebulosas, buscando el límite que no existe... ¿Cuántos años luz...?

El ser humano cree que ha llegado el momento, y ya está aquí; de conocer y entender todo, de abarcar todo en su inteligencia, de comprender hasta lo incomprendible.

Piensa que ya no existen misterios, que todo «arcano ha sido revelado». Y habrá que decir como aquel sabio:

«Mientras más conocemos los misterios del universo y la vida del hombre sobre la tierra, más caemos en la cuenta de nuestra sublime ignorancia».

En mi niñez, perdida tiempo ha, alguna vez me asomé al brocal de un pozo de aguas límpidas, donde como en un espejo cristalino se reflejaba un cielo de azul intenso mezclado con algunas nubes blancas, muy blancas... que caminaban lentamente, empujadas por la brisa suave de la tarde.

Pensaba por un momento, llevado en alas de la imaginación, que me dejaba caer sobre ese fondo etéreo comenzando un viaje infinito.

Eternamente viajando, cada vez a más velocidad, hasta alcanzar la velocidad del pensamiento. Sabiendo que nunca jamás de los jamases encontraría el fondo del pozo preñado de ondas iridiscentes de azul profundo.

Este pensamiento me causaba una verdadera sensación de vértigo imposible de expresar.

Algo así puede ser el verdadero «vértigo de la eternidad»: Caer y caer... y siempre caer en el pozo sin fondo, sin poder poner el pie en el final. Caer y siempre caer infinitamente hasta la eternidad.

2

ME CONTARON...



He sentido entre sollozos cómo alguien cercano a mí contaba entre lágrimas la experiencia de estar tocando con sus manos invisibles las dos orillas, la de aquí y la de la eternidad. Sentía en ese instante, en el tiempo, cómo tenía un pie aquí y otro en el más allá. Adivinaba esa doble vida, ese luchar y luchar para no despegar el pie de esta orilla. Ese miedo al pisar la otra ribera cargada de un inmenso misterio y sorpresa era lo que lo mantenía vivo y con ganas de seguir luchando.

Personas aferradas a esta orilla de la vida, que por nada de este mundo lo querían abandonar.

No era una sensación de pánico ante la muerte, ante lo ignoto, sino de emoción, sentimiento y pena por dejar esta

orilla, tan conocida, tan amada, tan querida, tan pegada a nuestra vida, a nuestros seres queridos, a los que amamos y nos aman...

A la luz de esta experiencia, las palabras «amor» y «seres queridos» cobraban otra dimensión en el tiempo y en la eternidad.

Algunos me contaron en el lecho de muerte que algo parecido a un estrecho y oscuro túnel se abría ante sus vidas, que antes de entrar en él había una espléndida luminaria. Al final de él les sorprendía una cascada de luz.

Ese túnel finalizaba en un infinito paisaje lleno de belleza imposible de describir, que producía en ellos una inmensa tristeza mezclada con un infinito placer.

En esa dimensión, todo es inmenso, infinito, eterno, inabarcable; todo es incomprendible, inexpresable, inefable...

Los que me lo contaron lo hicieron porque tuvieron la oportunidad y regresaron de ese túnel para volver a la misma orilla que no habían abandonado del todo. Vinieron de ese «misterio sin resolver» habiendo experimentado en la otra dimensión el «vértigo de la eternidad».

Volvieron sobre sus pasos a esta vida donde, decían ellos, habían quedado pendientes cosas que vivir, proyectos que realizar, sueños que cumplir y vida que gozar.

Por alguna misteriosa razón volvieron sin atravesar el túnel, sabiendo que el túnel estaría allí para en la próxima ocasión poder franquearlo sin mirar para atrás.

¿Qué pasó?

Uno me lo contó en la cama de la uvi después de regresar de un coma irreversible según la ciencia, pero no según el misterio de la vida:

«Me encontraba en medio ese oscuro túnel. Nunca tuve sensación de miedo alguno. Un silencio y una paz inundaban

todo mi ser, alma y cuerpo, en ausencia de sufrimiento. Todo era gozo y placer.

»Llevado de la curiosidad por averiguar por mí mismo qué se escondía al otro lado del túnel, sentía deseos de pasar y naufragar en esa misteriosa luz al final. Pero... una dulce mano de mujer, vestida de azul y nieve, me lo impidió».

Este señor, se encontraba rodeado de cables por todas partes, metidos en agujeros que no tenía.

Me habló de ese túnel del que tantos seres humanos en la misma situación hablaban. Estaba convencido de que no lo iba a atravesar. Volvería de nuevo a la vida. Había dejado a su hijo pequeño, casi sin poder completar su vida, sus proyectos, sus ilusiones, y necesitaba terminar con él su misión de padre.

Ese convencimiento le trajo de nuevo a la vida. Regresó de ese misterioso viaje, se recuperó y volvió de nuevo con sus seres queridos, para completar lo que le faltaba por vivir. Era médico y vivía en Cádiz. Ya le perdí la pista para siempre.





3

LO QUE YO SENTÍ



Una noche en mi casita pobre en la aldea, tuve una sensación parecida, que más que sensación creo que fue una realidad.

Era una noche cerrada. Sonaban ladridos lastimeros de perros, en la lejanía de la calle mayor. Una tormenta formidable atenazaba el ánimo de los aldeanos. Una noche de terror, de relámpagos, de truenos rodeados de una total soledad.

Una tormenta nocturna colosal, de las que te marcan de aquí a la eternidad.

En medio de esa noche, solo, con mis creencias, con mi Dios, sentí cómo todo estaba llegando a su final, donde la representación de este mundo estaba dando paso a la del otro, de la eternidad.



Sensación de que algo inmanente termina, dando paso a algo trascendente que iba a llegar. Una impresión de que algo desconocido y distinto iba a comenzar para mí.

Pasó mi vida, delante de mí, como una película, de Super 8, sin detenerse en ningún fotograma, causando en mí una gran ansiedad. Miedo a lo desconocido, miedo a llegar a un final, y al mismo tiempo, paz ante un nuevo comienzo.

Sentía cómo caía el telón de la representación de esta vida y la función llegaba a su final.

Comenzaba otra vida, la verdadera y definitiva realidad de la eternidad.

Es cierto que no atravesé el túnel, solo me asomé a él sin entrar, conforme pasaba el tiempo, parecía un instante, la paz me inundaba y una serenidad desconocida me atravesó el alma.

Yo he estado allí.

Yo he sentido lo que intento contar.

He vivido la experiencia de ver de cerca la otra vida, pero sin entrar, como le ocurrió a Moisés que vio la Tierra Prometida pero no pudo entrar en ella, porque la muerte le sorprendió en los llanos de Moab...

Yo vi esa nueva tierra, ese nuevo cielo, pero no me dejaron entrar.

Alguien me lo impidió con su poderosa mano.

Volví a esta orilla para seguir muriendo en los llanos de Moab en la cima del monte Nebo, como el libertador de la Tierra Prometida...

Yo estuve allí. Vi la oscuridad de ese túnel y contemplé ese chorro de luz al final, pero volví sobre mis pasos. Y... ¡para otra vez será!

Todo pasó en un instante, aunque cuando volví a la realidad el reloj marcaba varias horas más. No sé cómo...

El tiempo en realidad no existe; solo existe un instante instantáneamente incrustado en un presente eternamente eterno de una eterna eternidad que nada tiene que ver con el tiempo de aquí.

¡O algo así...!





4

LO QUE YO HE VISTO...



A lo largo de mi vida he visto morir a muchos seres humanos, por mi anterior profesión. Ese instante siempre me ha helado la sangre.

Ese momento en que la respiración cesa por completo y se produce la total inmovilidad de todo el cuerpo, esa imagen te congela el alma y el espíritu. Es cuando a ese cuerpo lo podemos denominar con crudeza: «naturaleza muerta».

Es lo que llamamos la hora de la verdad.

Piensas:

«Ahora es cuando ha colocado sus dos pies en la otra ribera. Se borran tras de sí las huellas que dejó en este y comienzan a verse huellas en el otro, imborrables y eternas. Ha dejado esta vida, ha traspasado el túnel, ha visto la ráfaga de luz al final y ya tiene su vida en la otra vida».

Para mí, ese es el verdadero «*vértigo de la eternidad*».

Ese momento trascendente que a miles de millones de seres humanos les llegó y que a otros miles de millones de seres humanos nos llegará...



¡Qué misterio rodea la vida humana...! Y todo por nuestra consciencia. Por ello somos conscientes de esta colosal realidad, que nos atormenta o nos produce felicidad. ¡Qué misterio rodea la muerte, de la cual aún no sabemos nada, aunque creemos saberlo todo!

Aquí y allá, esta orilla y la otra, esta vida y la otra vida. Palabras sueltas y frases hechas que dicen mucho y comprendemos menos.

Vida inmanente, vida trascendente, entrada, túnel, salida, meta, eternidad... Palabras cargadas de misterio y sentido.

Como en duermevela así la «muerte-vela», la sensación de estar muerto, pero también de sentirse vivo...

LO QUE A MÍ ME PASÓ



Recuerdo en mi adolescencia un episodio bastante traumático que me solía ocurrir con alguna frecuencia. Una experiencia que voy relatar. Casi siempre tenía lugar en la época estival. Esto no sé por qué.

Después de comer, nuestros padres nos obligaban a realizar la tradicional siesta como si de un sagrado ritual se tratara. Tenía que ser en completa oscuridad para que así el sueño llegara antes a nuestros ojos despiertos y vivarachos.

Lo recuerdo como una auténtica pesadilla.

Cuando la siesta estaba llegando a su final, me despertaba de forma súbita, creyendo que mi cuerpo era un resorte. Intentaba saltar de la cama, pero entonces llegaba el problema.

— | | —
⊕

Mi cuerpo no respondía. Mi mente estaba despierta. Intentaba incorporarme. ¡Misión imposible!

Despertaba de pronto con sobresalto, quería moverme, salir de la cama, pero los miembros por un momento no respondían, no obedecían al cerebro.

Quieres y no puedes. Te sientes completamente despierto, eres consciente de lo que te está pasando. Una sensación de total impotencia te invade. Quieres gritar al menos para que alguien te ayude, y no sale el grito de tu garganta.

Pasan unos minutos hasta que por fin de nuevo tu cuerpo obedece las órdenes de tu cerebro. Te incorporas y lo haces bruscamente porque estabas convencido de que ya no lo podrías hacer...

¡Verdadera angustia! Un sudor frío de muerte invade todo tu cuerpo, todo tu ser.

Creo que esta experiencia tiene su nombre en la medicina: parálisis del sueño. Ya de mayor también me ocurrió alguna vez. Pero la mayoría en los años de mi adolescencia que era cuando los sueños y las pesadillas cobraban más sensación de realismo.

⊕

6

Y SIGO PENSANDO...



Vértigo, sensación de pequeñez ante la inmensidad. Sensación de la nada ante el todo. Realidad del todo ante la nada.

Una gota de agua lanzada al infinito océano de la vida. El ave rauda desplegando sus alas ante la grandeza de un cielo azul sin límite.

Una hoja arrastrada por el vendaval del otoño, sin saber de dónde viene ni a dónde irá a parar...

Un grito en medio de un infinito silencio, de una infinita soledad...

Un grito en la noche oscura de la vida, sin eco sin respuesta.

Un SOS, sin respuesta, como las bengalas de fiesta del *Ti-tánic*... mientras el iceberg envía al abismo el transatlántico insumergible más grande del mundo, el cual el orgullo humano sentenció que no lo hundiría ni Dios.

Silencio, más silencio. Soledad, más soledad.

Dos palabras sin sentido. Al mismo tiempo, llenas en su plenitud de sentido y realidad.

Nunca estamos completamente solos; al menos estamos acompañados de nosotros mismos, que al fin y a la postre será siempre nuestra mejor y más agradable compañía.

Resulta imposible la soledad total.

El silencio nunca es un silencio completo. Resuena el silencio del silencio; los latidos profundos escondidos de la vida y los latidos acompasados de tu propio corazón.

Eternidad. ¡Qué palabra más enigmática y a la vez tan sublime...! Produce en mi alma atormentada una sensación de vértigo ante lo desconocido, ante lo ignoto, ante lo incomprensible, ante lo inabarcable.

Pronunciada lentamente en mi silencio interior, produce una inmensa tristeza, imposible de borrar. Un infinito vacío, por algo que no entiendo, pero que sé que es real. Y que existe.

—El ser humano es eterno.

—¿Cómo?

—No lo sé. ¡Pero es eterno!

—¿De qué manera?

—Tampoco lo sé.

Es eterno, existe fuera y dentro del tiempo.

El tiempo ante la eternidad es una pequeña porción de esa eternidad. «Mil años en tu presencia son un ayer que pasó». (Sal. 89)

El ser humano necesita entender el tiempo para aproximarse, aunque de lejos, a la comprensión de la eternidad.

Si no viviéramos en el tiempo no podríamos ni soñar con el enigma de la eternidad.

No necesito definir la oscuridad para comprenderla, solo necesito vivir y sentir la luz y la claridad para abarcarla.

—Sé que existía antes de nacer, en un pensamiento eterno, de un Dios eterno.

—No me preguntes de qué manera.

—Sé que existiré después de morir, pero tampoco me preguntéis dónde.

—Es una realidad distinta.

—Porque, aunque lo sé, no lo sabría expresar.

—Mi vida, mi ser, mi cuerpo extinto, me gritan desde cada célula que estoy hecho de trozos sueltos de eternidad y para la eternidad.

—La línea de mi presente se dirige hacia atrás sin principio y camina hacia delante sin final, en el pensamiento y la imaginación de un Dios creador o de un creador que es Dios.

—Estas ansias de eternidad que me acompañan, desde la cuna al sepulcro, tienen fundamento en algún argumento, en alguna ecuación, que por el momento desconozco, pero que no necesito descifrar.

Lo decía líricamente José María Gabriel y Galán:

*¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
Robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!*

—Cuando pienso en todo esto, un vértigo infinito me invade a punto de perder el equilibrio por tanta inmensidad. Me hace caer en un torbellino dando vueltas y más vueltas sin parar.

—Me siento como en un inmenso túnel, que comienza a rodar a velocidad interestelar, con la sensación de que el que se mueve a esa velocidad soy yo y no el túnel.

—Otras veces pienso que ese círculo da vueltas hacia un lado y con esa misma velocidad voy rodando yo hacia el contrario.

Aquí lo dejo, que estoy a punto de un vértigo en todo el amplio sentido de la expresión.